

LA NATIVITÉ
Catedral de Chartres



IGLESIA Y CULTURA EN LA EDAD MEDIA

OSVALDO CAZANGA MONCADA

En la evolución histórica de la Iglesia cristiana de Occidente, se observan dos grandes períodos separados por la Reforma de Cluny y Gregorio VII. El primero se extiende hasta el siglo X y el segundo hasta el siglo XV.

El primer período:

La Iglesia cristiana originaria de Palestina sufre la persecución de Roma hasta fines del siglo IV d.c. Con Constantino se realiza la unidad cristiana-romana, la que se prolonga, de hecho, hasta fines del Imperio con Teodorico. La unión de la Iglesia con el Estado Romano significa, por sus consecuencias, uno de los más grandes acontecimientos de la historia de occidente. El cristianismo representado por sus obispos, adquiere amplios poderes jurisdiccionales y políticos, es decir, alcanza amplia autoridad temporal. No obstante, con la caída del Imperio Romano y las invasiones violentas de los pueblos germanos, la Iglesia se enfrenta a un grave problema, ya que ha sobrevivido al Imperio: ¿cuál será su actitud? La germanización.

La Iglesia Cristiana inicia desde la caída de Roma un movimiento de conversión entre los germanos que, paulatinamente, va teniendo éxito. Paralelamente comenzará a plegarse a los nuevos reinos que heredan el Imperio, alcanzando en ellos la importancia que había logrado en la historia de Roma.

Las nuevas alianzas traen consigo una considerable transformación. Se producirá un juego de influencias recíprocas, que irán desde la cultura germana a la Iglesia y desde ésta a aquella. Es decir, por una parte, la Iglesia Cristiana se germaniza y, por otra, las viejas costumbres de los bárbaros sufren el influjo moderador del cristianismo.

En la historia del cristianismo, es vital el llamado "período de germanización." Significa éste la apropiación de la Iglesia por los señores germanos, quienes imprimen en ella, con su cultura, profundas transformaciones. Las creencias religiosas retroceden a un estrato mágico. Dios es un rey victorioso. Se populariza la veneración de las "reliquias". Dios, Cristo, son jefes de séquitos a los cuales se debe una fidelidad de tipo feudal: ¿no puede estar aquí el origen de las cruzadas? Sobre el viejo cristianismo ha aparecido la idea de la Guerra Santa. La no violencia y el pacifismo de los comienzos se transforma ahora en un verdadero servicio militar de Dios. En esto, fundamentalmente, consiste la germanización del cristianismo.

Simultáneamente se da el "ennoblecimiento" de la Iglesia. Los señores que fundan parroquias son sus verdaderos propietarios. Disponen enteramente de ellas, explotando en provecho propio las entradas económicas que ellas tengan. En lo político, estos señores disponen de los obispados y las abadías, que reparten entre sus fieles.

Los obispos, durante este período no son designados por los papas, sino por los reyes. Por lo demás, son los nobles quienes ocupan los obispados. Así se produce un "ennoblecimiento" de la Iglesia, pues la nobleza ejerce sobre ella un verdadero derecho patrimonial. Donde este fenómeno alcanza una mayor importancia es en los monasterios, en los cuales son los aristócratas los encargados temporales de la guerra y de la justicia en las tierras del señorío eclesiástico.

En Roma, luego del derrumbe del Imperio, el Papa ha pasado a ser el señor de la ciudad, ejerciendo un gran poderío político. Gregorio Magno (590-604 d.c.) representa este ascenso político del papado que se constituye en un señorío: el Ducado de Roma.

La Iglesia se encuentra en este tiempo en una peligrosa disyuntiva. Para permanecer en su sitio debe mantener una suerte de equilibrio entre bizantinos, lombardos y francos. Sin embargo, hacia el siglo VIII este equilibrio se rompe al firmarse en 750 d.c. la alianza entre Pepino el Breve y el Papa. Esta alianza se verá fortalecida cuando Carlomagno tome el poder de los lombardos, desapareciendo así todo juego de poderes. El Papa pasa de esta manera a ser creatura del Reino Franco. En el ámbito nacional, el obispo está sujeto al rey; en el campo internacional, el Papa al Emperador. En la práctica es el clero y el pueblo romano quienes nombran al Papa, pero es el Emperador quien lo confirma. Se empieza a decir que son los señores laicos quienes dominan la Iglesia.

Como hemos afirmado, también la Iglesia ejerce un poderoso influjo sobre la cultura germana. Junto a la conversión al cristianismo, se produce una moderación de las viejas costumbres, que favorece la disolución de las viejas "estirpes" y el desarrollo de un espíritu de familia. Se lucha contra la venganza de sangre, aunque es el derecho germano el que sigue aplicándose.

La Iglesia surge ahora como "foco cultural". Los monasterios son verdaderos centros intelectuales que cumplen una doble función. En primer lugar, significan un gran adelanto en la agricultura; realizan una fecunda labor de desbrozamiento de terrenos; en segundo lugar, los monjes como copistas de textos, tanto antiguos y profanos, como religiosos, son los conservadores de la antigua y nueva cultura.

Cicerón, Herodoto, Aristóteles, y otros, que significan la herencia cultural literaria de la antigüedad, pasan a nosotros gracias a los códices hechos en los monasterios. Además, como las crónicas de la Edad Media son llevadas por los analistas monásticos, resulta que la Iglesia salva la historiografía. Estos códices y anales reflejan también el arte de la decoración de esta primera Edad Media. La Iglesia se convierte en el centro de la vida cultural. No obstante los esfuerzos de Carlomagno por hacer de su Corte un verdadero círculo intelectual, con la creación de la Escuela Palatina o academia de Palacio, que reunió a varios de los mejores cerebros del Imperio, nunca perdió su artificialidad cortesana.

La lengua oficial de la cultura de la Alta Edad Media es el latín, a pesar de que el Emperador intentará darle importancia a las lenguas nacionales, escribiendo algunos poemas tradicionales y el derecho germánico en dicho idioma. La cultura intelectual, sin embargo, se vierte en latín. Es la lengua oficial que se enseña en las escuelas palatinas y eclesiásticas.

Las lenguas populares son las de la costumbre y pese a ser nobles y campesinas, no tiene aún valor para ser enseñadas. Carecen de gramática y de textos modelos. Además, el latín es la lengua del tráfico internacional; paulatinamente irá dando origen a las llamadas lenguas romances.

La Alta Edad Media es un período que conoce una gran estratificación intelectual, que no obedece a un criterio económico o social. En el más alto sitio de esta jerarquización están los hombres de la Iglesia. Desde el punto de vista cultural, el campesino y el noble se encuentran en un mismo estrato. Resulta sumamente interesante, dentro del panorama intelectual de la época, observar el papel asumido por los benedictinos anglosajones, cuya figura señera es Beda el Venerable. Estos monjes realizan una gran labor de difusión en el continente, que estimula el llamado "Renacimiento Carolingio", una de cuyas facetas más interesante será la relacionada con la evolución lingüística: como el latín ha venido degenerando, debido entre otras causas a lo defectuoso de las copias realizadas por los frailes, la escuela palatina purificará este latín medio para enseñarlo en sus aulas.

De este modo, en el siglo IX nos encontramos

con que el latín presenta dos rostros. Por una parte encontramos un latín defectuoso, empleado por los notarios y algunos monjes, que se han alejado de los centros renacentistas. Por otra parte, encontramos el latín culto de las escuelas palatinas. Junto a estas dos versiones del latín la presencia de las lenguas populares o romances ha venido fortaleciéndose. En el año 842, los nietos de Carlomagno, tratan de reconciliarse prestando el Juramento de Estrasburgo, redactado en lengua franca y teutónica, por lo que es considerado el primer monumento de las actuales lenguas nacionales europeas¹.

El Segundo período: Siglos X al XV

Las transformaciones sociales que inician el desgaste del feudalismo explican que a partir del siglo X sean radicales las transformaciones que se operan en la estructura política y religiosa del cristianismo. La relación entre poderes laicos y poderes eclesiásticos toma nuevas formas que los separan definitivamente. El clero deja de estar sometido a los elementos laicos y tiende a convertirse en potencia autónoma. En la etapa de gestación de estas transformaciones, se produce una lucha enconada entre ambos poderes, que tipifica la historia de Europa occidental de estos siglos, en contraposición a lo que ocurre en el Imperio Bizantino donde la Iglesia está completamente supeditada al Estado.

El movimiento de liberación se genera en el monasterio burgundio de Cluny, durante el siglo X. Los monjes debían independizarse de los señores y los monasterios debían dedicarse principalmente al culto, sus rentas dedicarse exclusivamente a su sostenimiento, por lo cual había que luchar contra las usurpaciones del señor. El abad debía ser nombrado por los poderes eclesiásticos y no por el señor. El sacerdote sólo pertenece a la Iglesia. Del mismo modo que no debe tener señor, tampoco debe tener familia. El matrimonio de los sacerdotes, tolerado en la práctica, constituye una abominación que debe desaparecer.²

La seriedad del movimiento iniciado en Cluny concita alrededor del monasterio el apoyo de los duques borgoñones y del Papa. Este pasa a ser el patrocinador y abogado del movimiento. La reforma iniciada en Cluny cunde por toda Europa; España y Gascuña pasan a ser sus filiales, gestándose

de este modo una verdadera familia de monasterios.

La pureza de la vida en estos centros religiosos y la solemnidad de su culto, les atrae el respaldo de los barones, que protegen esta nueva moral de los religiosos. Los emperadores alemanes hacen otro tanto dentro de sus territorios. En el año 1054 d.c. la Iglesia apostólica romana se separa de la griega ortodoxa, en una acción de vastas proyecciones históricas. Los papas dejan de ser elegidos por la aclamación del clero y los poderes laicos. La idea de independencia cristaliza en la autonomía respecto a los poderes laicos locales. En 1059 el papa Nicolás II establece, mediante una bula, que los Papas deben ser elegidos por un estrecho grupo de obispos; el colegio de "cardenales".

Esta determinación papal es la culminación de una serie de actitudes de la iglesia que la llevan a chocar directamente con el poder temporal, en lo que, eufemísticamente se ha llamado la "querrela de las investiduras", librada por Gregorio VII en contra del Sacro Imperio Romano Germano, entre 1079 y 1085 d.c. La Iglesia se empeña en conformar un mundo completamente separado.

Los planos de separación en el siglo XI están ya claramente definidos. El monasterio tendrá una dedicación exclusiva al culto, planteándose así la necesidad de que las rentas no sean usurpadas por el señor. Los abades serán nombrados por el clero los papas se liberarán de los emperadores y serán elegidos por los cardenales. Se lucha por conseguir el celibato eclesiástico, ya que los sacerdotes casados hacen heredar sus cargos a sus familiares. El éxito de esta medida logra el alejamiento definitivo del cuerpo sacerdotal del mundo civil. En las ciudades del Norte de Italia, por este mismo siglo, surgen movimientos populares (la pataria) que luchan contra los sacerdotes casados y los obispos designados por el emperador. Estos movimientos, en algún momento, toman caracteres de resistencia antialemana en la región de Lombardía, sometida a la autoridad imperial.

La pataria parece representar, además, un movimiento de liberación de las ciudades frente a las cargas feudales que pesan sobre ellas. Esta coincidencia entre las ideas populares y los intereses papales tiene una gran importancia. Los bandos en lucha se organizan en verdaderos partidos. Los par-

tidarios del Papa serán los Güelfos y los del emperador serán los Gibelinos.

Existía entre el clero la costumbre de entregar un presente a cambio del cargo, simbolizando la compra de los servicios espirituales por el dinero (simonía). En el transcurso de estas luchas se logra abrogar esta costumbre, lo que significó la derrota de los poderes laicos frente a la Iglesia.

El punto álgido del enfrentamiento entre ambos poderes se alcanza con las luchas entre Gregorio VII y Enrique IV de Alemania. Este es excomulgado por el Papa, quien trata, además, de desligar a los súbditos imperiales de su juramento de fidelidad e interviene decididamente en la vida política alemana, invitando a los príncipes a elegirle un sucesor a Enrique. En la creencia de que el poder espiritual es superior al poder terrenal Gregorio VII intenta establecer una verdadera teocracia³. Enrique IV es derrotado y debe humillarse y en Canosa es "perdonado" por el Papa (18-I-1077). No obstante, sólo se trata de una paz temporal, pues, vuelto a Alemania, la lucha se reanuda. En 1122, mediante el concordato de Worms se logra una tregua duradera. Este concordato significa la independencia eclesiástica respecto del emperador, el que se abstendrá de designar al sumo Pontífice. Sólo luego de ser elegido por los cardenales, prestará un juramento de fidelidad al emperador. El responsable de este compromiso fue Ives de Chartres, quien establece, teóricamente, diversas diferencias entre el oficio eclesiástico y el feudo.

Después de esta tempestad la Europa Occidental vivirá lo que suele llamarse el "Renacimiento del siglo XII", caracterizado por una especie de apaciguamiento entre el papado y el imperio, y un acrecentamiento notable de la vida social en general. En lo político la Iglesia ha alcanzado ya su independencia de los poderes laicos, pero lucha por nuevas conquistas. Cae en un intento teocrático, invadiendo campos económicos y políticos que hasta entonces le eran completamente ajenos. Como en otras ocasiones, la Iglesia trastrueca papeles: pasa de perseguida a perseguidora.

Tal estado de cosas produce reacciones reformistas en algunas órdenes religiosas que persiguen el abandono de las riquezas. La que había levantado el estandarte reformista en el siglo X, la orden de Cluny, está convertida ahora en centro de riques-

zas. Surge la orden del Císter, que abandona la costumbre de mantener siervos a la manera feudal, cultivando la tierra con legos. Desaparecen los afanes señoriales, organizándose congregaciones monásticas aisladas, que se alejan de la vida urbana y buscan la comunión con Dios en la pobreza; esto es, realmente, un retorno a la vida evangélica, "vita vere apostolica"⁴.

Pero, si los monasterios se establecen en la tranquila soledad rural, los monjes están siempre en viaje de predicación, a los cismáticos, a los herejes; a los caballeros, para templar en ellos la fiereza y el ardor bélico. El prestigio de las nuevas órdenes queda en evidencia cuando se conoce que el Císter da a la Iglesia catorce cardenales y setenta y cinco obispos en el siglo XII. A lo largo de este siglo, este movimiento renovador de la Iglesia se transformará en corrientes heréticas y comunistas. En el siglo XIII desembocarán en el franciscanismo.

La Iglesia empieza, asimismo, a desarrollarse en el aspecto intelectual, especialmente a través de las escuelas monásticas y catedralicias. La más célebre de estas últimas es la de París. Se organizan comunidades de maestros y alumnos en donde la intervención de un director se manifiesta solamente en la entrega de grados finales. Esto es demostrativo de la libertad que reina en este tipo de "universitas"; en algunas de ellas, en Italia por ejemplo, son los alumnos quienes contratan y pagan a los profesores; con frecuencia nadie aporta nada y los maestros deben trabajar gratuitamente, por temor a estos alumnos de modales nada delicados y con grandes deseos de aprender.

La Universidad de París, se llena de una masa estudiantil internacional que desea escuchar a los maestros más renombrados de la época.

París es el centro cultural de Europa. Se dice, que si Alemania tiene el Imperio y Roma el sacerdocio, París, tiene el estudio.

Las matemáticas europeas han venido enriqueciéndose con los frecuentes contactos con la cultura islámica, en el frente Ibérico. Estas matemáticas influyen directamente en la teoría musical y en los procedimientos empleados por los constructores de iglesias. Son manifestaciones de un racionalismo constructivo. Los árabes influyen, asimismo, sobre la medicina que florece en las zonas de contacto

entre los dos mundos culturales y en ciudades como Salerno y Montpellier.

El derecho que se enseña en estas universidades es el de Justiniano. Se conservan los mejores manuscritos del Digesto y de las Pandectas. La burocracia no sólo aplica el derecho de las costumbres, sino que paulatinamente va incorporando a sus procedimientos el antiguo derecho romano. Los eruditos en este derecho encuentran en sus máximas y aforismos preciosas armas para terciar en la polémica entre la Iglesia y el Imperio. Casi todos ellos se pondrán del lado del poder temporal y de la idearomana del justo poder del Emperador. Sostienen, intelectualmente, el absolutismo imperial y real. La Iglesia, por su parte, busca y forma a sus propios jurisconsultos. En los primeros años del siglo XIV, Dante Alighieri, prototipo del hombre medieval culto, en un pequeño tratado, que titula "De Monarchia", replantea la idea de la supremacía imperial, desarrollando la idea de un imperio universal, como requisito para conseguir la felicidad del género humano. Dante fundamenta sus postulados en una verdadera investigación filosófica: "Veremos primero lo que se entiende por monarquía temporal, en el tipo y según la intención. La monarquía temporal, llamada Imperio, es el Principado único, superior a todos los demás poderes en el tiempo y a los seres y cosas que por el tiempo se miden. De aquí surgen tres cuestiones. Nos preguntamos, primero, si dicho régimen es necesario para el bien del mundo. Segundo, si el pueblo romano se atribuye legítimamente su ejercicio. Tercero, si la autoridad de la Monarquía depende inmediatamente de Dios o de algún ministro o vicario de Dios"⁵.

En resumen, ambas potencias se nutren directamente del derecho romano.

En cuanto a la Filosofía y a la Teología, configuran la escolástica, tipo de doctrina teológica y filosófica, llamada así por ser enseñada en escuelas. Su importancia histórica radica en que sus cultores aceptan la fe cristiana que tratan de hacer inteligible, armonizándola con la razón, mediante el empleo de la lógica aristotélica y la dialéctica. La figura cumbre de la escolástica es Santo Tomás. Como filósofo examina los problemas de la lógica, la física y la metafísica, y junto a esto, se propone profundas reflexiones acerca del sentido del ser hombre y del ser religioso. San Anselmo de Canterbury

inicia en Inglaterra las altas especulaciones filosóficas, y en París, el más grande exponente de la escolástica es Abelardo, quien por la audacia de su pensamiento se constituye en el centro de atracción de los círculos intelectuales de su siglo. No sólo emplea magistralmente el racionalismo y la dialéctica, sino que triunfa en la poesía amorosa, que expresa el mayor refinamiento intelectual del siglo XII. Frente a él se levanta la figura de San Bernardo de Claraval, quien toma la defensa de la fe frente a la razón. Predica la segunda cruzada y se convierte en el peor enemigo de Abelardo, el que junto a Eloísa, en pleno Medievo, y hasta su muerte lleva una vida de románticas desventuras. La escolástica y la mística son dos actitudes que dan el tono a la vida medieval y, con ellas, se inicia la gran historia intelectual de Europa occidental.

El aporte árabe a este Renacimiento es de vital importancia. Los traductores árabes dan a conocer a Aristóteles y la gran tradición cultural griega. Su influencia en los campos de la física, las matemáticas, la medicina y la filosofía es en verdad, extraordinaria.

Juegan un papel decisivo en este aporte, regiones como España, Sicilia y el Mediodía francés, en las que tradicionalmente se han contactado ambas culturas.

Simultáneamente, en el orden literario, se da un resurgimiento de la poesía latina, a la que, por otra parte, se imitará cuidadosamente. Los modelos preferidos son Horacio, Virgilio y Ovidio.

En la sociedad laica, además de la circunstancia citada anteriormente, un hecho de gran importancia que ocurre es el desarrollo, entre las clases nobles, de un sentimiento caballeresco, de gran significado en la vida social. Comprende este sentimiento una peculiar configuración del feudalismo que a partir del siglo XI, desarrolla ideales éticos y morales que se externalizan en un ceremonial cívico-religioso imprescindible en la caballería. De este modo se da un refinamiento en la nobleza, a partir de la institución de la caballería (militia) con la cual termina por confundirse.

Estos elevados ideales éticos del caballero tienen que ver con un movimiento prolijado por la orden de Cluny: la paz de Dios, que excluía de la guerra a ciertas personas: eclesiásticos, campesinos, mercaderes, aldeanos, mujeres, niños, etc. y a de-

terminados lugares, como la casa, el mercado, la Iglesia, los caminos reales, etc. Esta paz de Dios es sancionada luego por los reyes, como paz real. Este ideal caballeresco hace que se luche sólo contra otros nobles y contra herejes, pero que se ampare a los débiles.

Junto a estos ideales morales, surgen órdenes militares de caballería, creadas por los cruzados, que significan la plena realización del espíritu caballeresco. En estas órdenes se vive en común, renunciando al patrimonio individual. La más célebre de ellas es la de San Juan de Jerusalén: otras que alcanzan un alto renombre son las de los Caballeros Templarios, de los caballeros Teutónicos, en Palestina y Alemania, que se constituyen en importantes centros financieros de la época. En España, la religiosidad y el misticismo de la nobleza crean las órdenes militares de Calatrava, Santiago y Alcántara, las que acumulan, en la lucha contra el moro, héroes y fortunas. Con el crecimiento de esta nobleza caballeresca surgen nuevos ideales culturales. En el norte de Europa y en España aparecen los poemas épicos: la Canción de Rolando, Fernán González, Mío Cid, etc. Los temas elegidos son la lucha de linajes, con venganza de sangre, propios de los antiguos germanos, y los conflictos planteados entre vasallos y Rey. El Renacimiento del siglo XII los contará entre sus más elevadas expresiones. Este movimiento literario tiene una gran significación en el desarrollo de la sensibilidad cultural de Europa.

Un segundo tipo de literatura caballeresca nace en el sur de Francia, en la Provenza y en Aquitania; la poesía trovadoresca. Es una poesía lírica, cuyo tema preferido es el amor cortés, muy importante en la vida social del siglo XII. Su origen parece ser el mundo árabe. Sublinia a la mujer y las relaciones amorosas. Significa esta literatura, en este momento, un franco refinamiento de la sensibilidad, pues no sólo el tema es lírico sino también la lengua en que se escribe, el provenzal, que llega a ser la lengua de una sociedad nobiliaria que desarrolla formas de sociabilidad muy civilizadas. Sin embargo, el campesino aún no es personaje literario y tendrá que esperar el siglo XIII para serlo.

En cuanto al arte del siglo XIII, sus expresiones más importantes están en el campo arquitectónico. Se pasa del estilo románico al gótico. El

estilo románico aplicado a la construcción de monasterios y catedrales suponía un notable conocimiento de los problemas mecánicos; no obstante, el gótico supone un racionalismo constructivo mucho mayor. La aplicación de nuevos elementos da una mayor macidez del conjunto, así como también el uso de la bóveda tan propia de este estilo. Estos nuevos conocimientos son aportados por maestros instruidos en sus propios gremios. Cooperan con ellos los pintores de vitreaux, los escultores, pintores de imágenes, etc. El gótico es un arte urbano. El Ayuntamiento tiene ahora edificio propio; aparece toda una construcción civil que aplica el gótico. Ya no son los castillos feudales, sino los palacios urbanos, los centros de la nobleza, constituida ahora en sociedad.

La escultura y la decoración, estática y monumental en el período románico, cobra en el gótico una gran humanización en el tamaño de las obras, y en la expresión se hace psicológicamente sensible.

El siglo XIII representa la culminación, en muchos aspectos del ideal cristiano de vida. "El siglo XIII fue el tipo de nuestra sociedad hacia el cual los hombres después de sus últimos fracasos han vuelto la mirada (sic) y al que después de todos nuestros errores y desastres modernos tenemos que recurrir otra vez hoy en día"⁶. La escolástica culmina con Alberto Magno y San Buenaventura. La literatura continúa refinándose y haciéndose más caballeresca. El amor cortés se difunde por toda Europa. Con el crecimiento de las ciudades y de la riqueza urbana surge también un género literario ciudadano. En Francia los fabliaux constituyen la forma literaria de moda. Son pequeños cuentos rimados, irónicos, costumbristas, que representan una poesía típicamente urbana, en oposición al género caballeresco-rural.

En la Arquitectura, el gótico se expresa en gigantescas construcciones religiosas y civiles que se levantan gracias a la piedad de la gente y a las utilidades del comercio que entra en una etapa de sostenido crecimiento.

Esta centuria verá también el mayor apogeo del poder temporal de la Iglesia. Inocencio III conseguirá imponer la doctrina enunciada siglos atrás, de la supremacía del poder espiritual sobre el temporal. El desarrollo del capitalismo hace que las

relaciones sociales entran en crisis, lo que crea en el plano político condiciones para que este papa, el más autoritario en la historia de la Iglesia, establezca en el trono de San Pedro un absolutismo teocrático que ninguno de sus antecesores había imaginado. Guiándose por la doctrina de las dos espadas, elaborada por Bernardo de Claraval, se impuso a los reyes de Europa que se reconocieron sus vasallos. "Las dos espadas pertenecen a San Pedro. Una está en su mano —el poder espiritual— la otra a sus órdenes —el poder temporal— tantas veces como sea necesario utilizarlo". En virtud de la doctrina anterior el papado se da los siguientes títulos, que hablan por sí solos del concepto providencial que de su misión tiene la Iglesia: "Vicario de Cristo y sucesor del Príncipe de los Apóstoles"; "Vicario de Aquel cuyo reino no tiene límites"; "Representante de Aquel a quien pertenece la tierra, todo lo que ésta contiene y todos quienes la habitan". "Al subir a la Sede de San Pedro hemos recibido el poder de derribar, destruir, dispersar, disipar, edificar y plantar". "Hemos sido colocados entre los príncipes, más aún, por encima de los príncipes, puesto que nos compete juzgarlos."⁷

El teocratismo papal encontrará la horma para su zapato en las ambiciones de Federico II de Hohenstauffen, emperador de Alemania y Rey de Sicilia, a quien Inocencio III creyó en una oportunidad poder avasallar. Este emperador supera a todos sus antecesores en el desafío a la autoridad papal. Lo llaman "maravilla del mundo", (stupor mundi) por sus enormes conocimientos y sus extravagancias. Entre los años 1220 y 1224, vive una especie de luna de miel con la Iglesia. Persigue a "herejes" que plantean manifestaciones de la lucha de clases. Funda la Universidad de Nápoles (1224) y de Padua (1238). Su dinastía se extingue bajo los embates del papado que utiliza como sus epígonos a los reyes de Holanda y Francia. Federico II, Barbarroja, es el primer gobernante medieval que no lo es propiamente, sino más bien renacentista. A pesar de tener que enfrentarse a semejantes adversarios, se caracteriza por su tolerancia, especialmente con los musulmanes. Promueve la Quinta Cruzada, que termina con un tratado de paz. Es escritor de cierta importancia y como tal se ocupa de la medicina, la astrología y la alquimia.

Dentro de la misma Iglesia, sugen, como reacción a este pretensión teocrática, movimientos que

terminan en herejías: valdenses, cátaros, albigenes. Todos persiguen la pobreza evangélica, considerando toda propiedad como un mal y condenando a casi todas las instituciones sociales. Reciben la vieja tradición persa del dualismo entre el bien y el mal a través de los musulmanes.

Así, un gran movimiento de protesta es el de San Francisco de Asís, quien con su negación de la propiedad y su idea de la mendicidad ejerce un enorme atractivo sobre el mundo italiano, que espera el fin de la lucha entre Iglesia e Imperio.

La poesía de San Francisco es naturalista por el lirismo con que el Santo la ve. El Giotto, que representa la vida del Santo en la Basílica de Asís, lo presenta como el primer renacentista italiano. Sin embargo la pretensión más sentida de San Francisco, la pobreza absoluta, fracasa y la orden acepta la propiedad común.

Las órdenes de los franciscanos y dominicos, restablecen la unidad de la Iglesia. Derrotan doctrinariamente a los herejes y sirven, a la manera de puentes, para restablecer el contacto entre Iglesia y pueblo. Es interesante señalar que de la coyuntura presentada por esta lucha surge una filosofía de la historia. Desde el siglo V d.c., había dominado la historiografía europea la concepción agustiniana, que básicamente sostiene que la historia es un proceso, es decir un desarrollo que sigue ciertas instancias, ciertos momentos determinados y que tienen unidad por haberse generado en Adán y Eva. Esta unidad lograda por la intervención de Dios no conoce diferencias humanas de ninguna especie. Bárbaros y civilizados participan de una unidad indivisa, ambos son partes que devienen de Dios. Esta idea la toma San Agustín de los profetas judíos. Dios dirige la historia por una providencia. Así, la historia es proceso y providencia. El proceso toma forma en la activa lucha entre las dos ciudades: la del bien y la del mal, que se patentiza en todo ser humano, sin importar para nada su condición. Este proceso termina, más allá de lo cual viene el destino eterno, es decir, el Reino de Dios. La historia, así considerada, es finita. Esta estructura filosófica será la base del trabajo historiográfico de la Edad Media. Será preparado por los "cronógrafos", quienes son los encargados de hacer concordar la cronología greco-romana con la bíblica. Entre estos eruditos cabe mencionar a Eusebio de Cesárea y a San Jerónimo, quienes forman la trama temporal de la historia universal.

En el siglo XII, Joaquín de Flora, Abad calabrés de un monasterio cisterciense, se atreve a entregar otra visión de la historia, distinta a la de San Agustín: sostiene que existen tres grandes períodos en la historia de la Humanidad que se confunden con la trinidad de Dios; la primera, Dios Padre y el Antiguo Testamento; la segunda, la del Hijo, y la tercera etapa correspondería al Espíritu Santo, con el reinado del amor. La mayor diferencia entre esta concepción de la historia y la de San Agustín reside en que para el monje calabrés, la tercer etapa está por venir y se cumplirá en la tierra y no en el más allá. Esta idea lleva a muchos monjes a anunciar el advenimiento de esta época feliz, de paz y armonía general, para 1260.

La resolución de los problemas humanos aquí, en este reino terrenal, idea central de esta filosofía de la historia, ha ejercido fuerte atracción sobre pensadores modernos y contemporáneos: Lönowitch, en su obra *Significado de la Historia*, considera que esta tercera etapa podría darse con el marxismo.

La historia cultural del siglo XIII culmina y termina a la vez con el Dante, muerto en 1321.

Confluyen, en este hombre extraordinario, el último medieval y el primer renacentista, grandes líneas culturales: la poesía, la historia, la filosofía y la política.

Como poeta es el más inspirado y delicado cortesano. Como político, escribe el tratado mencionado ya en este artículo, "De Monarchia", en el cual establece su concepción acerca del imperio. Expulsado de Florencia por su condición de gibelino, es desterrado a Flandes, pasando a ser el primer apologista imperial. Según Dante, en la realidad se dan dos cabezas bien visibles: el Papado en el orden espiritual y el Imperio en el orden ético-filosófico-político. El bien de la Humanidad exige y necesita una cabeza superior que establezca la unidad. Esta es el emperador. Creyó que su contemporáneo, Enrique VII lograría este ideal, pero éste fracasó en el intento y no pudo verlo realizado.

El aspecto que en él más interesa es su visión del mundo histórico y natural, tan magistralmente trazada en la "Divina Comedia". Representa la cosmología medieval y por tanto, constituye un rico material histórico de esa época.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS.

1. El Juramento de Estarsburgo, prestado mutuamente por Luis el Germánico y Carlos el Calvo, hijos de Luis el Piadoso y nietos de Carlomagno, puede ser considerado el primer tratado internacional de la Edad Media: "Por el amor de Dios y por el pueblo cristiano y por nuestra común salvación a partir de hoy, en la medida en que Dios me dé saber y poder, auxiliaré a este mi hermano Carlos por mi propia ayuda y en toda cosa, en la que cada uno debe auxiliar a su hermano, conforme a derecho, con la condición de que él por su parte haga lo mismo conmigo y no tendré jamás con Lotario ninguna asamblea que, por mi voluntad, puede ser perjudicial a mi hermano Carlos, aquí presente". Cuando Luis hubo terminado, Carlos repitió la misma fórmula en lengua tedesca. (Tomado de *Antología de la Edad Media* de Rose Marie Karpinsky de Murillo, Ediciones de la Universidad de Costa Rica. 1969.)
2. Henri Pirenne, *Historia de Europa, desde las Invasiones al siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, pág. 125.
3. Gregorio VII o San Hildebrando, nació en Soano, Toscana hacia 1015 d.c. Papa desde 1073 a 1085. d.c.
4. Jacques Le Goff, *La Baja Edad Media*. Historia Universal Siglo XXI, Edit. Siglo XXI, España, 1972, pág. 137.
5. Dante Alighieri, *De la Monarquía*. Edt. Losada. S.A. Buenos Aires, 1966, pág. 36.
6. Rodolfo Puiggrós, *El Feudalismo Medieval*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1972, pág. 82, citando a Hileire Belloc.
7. *Op. Cit.*, pág. 126.

BIBLIOGRAFIA

- Agustín de Hipona, San: *La Ciudad de Dios*. Traducción de Lorenzo Ribert. Texto revisado por Juan Bastardas, Barcelona, Ediciones Alma Mater, 1953.
- Dante Alighieri: *De la Monarquía*, Edit. Losada, Buenos Aires, 1966.
- Dhondt, Jan: *La Alta Edad Media*, traductor A. Estaban Drake, Edit. Siglo XXI, México-España, 1971.
- Fisher, H.A.L., *Historia de Europa*, traducción de P. Bosch-Gimpera y C. Bosch G. Tomo I, Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1946.
- Le Goff, Jacques: *La Edad Media*, Traducción de Lourdes Ortiz, Edit. Siglo XXI, México-España, 1972.
- Hauser Arnold: *Historia Social de la literatura y del Arte*. Edit. Guadarrama, 13 edic. 1976.
- Pirenne, Henri: *Historia de Europa, desde las invasiones hasta el siglo XVI*, versión española de Juan José Domenchina, Edit. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1956.
- Puiggrós, Rodolfo: *El feudalismo medieval*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1972.
- Reglá C., Juan: *Historia de la Edad Media*, en Historia General de la Humanidad, de J. Vicens Vives, Edit. Montaner y Simón, Barcelona, 1960.
- Tomás de Aquino, Santo: *Del Gobierno de los Príncipes*, ediciones e introducción de Manuel Quiles, traducción de Alfonso Ordóñez das Seyjas y Tobar, Edit. Losada, Buenos Aires, 1964.
- Vedel, Valdemar: *Ideales Culturales de la Edad Media*, Edt. Labor, Barcelona 1931.